voz de que le habia enviado á Roma para que en ella se publicara con altas aprobaciones; pero no fué verdad, segun averiguó don Nicolas Antonio, que allí residia. Logró al fin Argaiz publicar el Hauberto traducido y comentado en 1667, año que vió morir á Lupian Zapata en su silla de paborde de la catedral de Ibiza, dignidad que acababa de obtener. Imprimióse con el título de *Poblacion eclesiástica de España* y va á la cabeza el Martirologio de san Gregorio Bético, desglosado del cronicón, por respeto á ser autor más antiguo que el de éste. Argaiz, en sus comentarios, discute el texto, lo impugna, reconviene al autor, le señala contradicciones, le abruma de citas, de conjeturas, de autoridades; pero acaba por descubrir alguna razon que anula las suyas, y deja airoso el dicho de Hauberto; manejo sumamente cómico, que se repite con frecuencia. Ademas su genio, puerilmente curioso, le lleva á henchir de cosas extrañas y maravillosas sus escritos, literatura precursora del *ente dilucidado*.

La opinion contraria á la autenticidad de los cronicones, propagada con ardor por los defensores de la catedralidad privativa de la Seo de Zaragoza contra las pretensiones del Pilar, y por los escritores valencianos que disputaban por compatricio á san Lorenzo, habia salido á la superficie y comenzaba á ostentarse sin rebozo. Un doctor Juan de Aguas, canónigo de la Seo, refractario á la sentencia de la

Rota romana, que habia dado razon al Pilar en su famoso pleito, y un fray Hermenegildo de San Pablo, monje jerónimo, muy calificado en su órden, crítico cuya desenvoltura dió en qué entender al Santo Oficio, y que se presumia sucesor del padre Sigüenza, salieron contra el Hauberto, no precisamente movidos del interes de la verdad, sino el primero porque concedia sede episcopal al Pilar, y el segundo porque estaba preterida su órden entre las desde muy temprano establecidas en España; causas sin las cuales ni Hauberto ni los otros cronicones les habrian parecido tan falsos. Al frente de esta todavía muy reducida falange se colocaron tres hombres de autoridad, don Nicolas Antonio, el Marqués de Agrópoli y despues de Mondéjar, y don Joseph Pellicer de Ossau. Domiciliado en Roma don Nicolas Antonio por razon de su cargo de agente general de España, gozaba de bastante independencia para poder decir lo que pensaba. Habia concluido la *Bibliotheca Nova*, preparaba la *Vetus*, y trabajaba en un tratado sobre el Julian Perez y la *Defensa de la Historia de España contra el padre Higuera*, que en el siglo siguiente se imprimió con el título de *Censura de historias fabulosas*, obras en que vigorosamente se refutan los cronicones. En la última procede por comparacion entre éstos y la historia de Toledo de Higuera, para probar, con el cotejo de las citas que en ella hace su autor, que adulteró despues los ori-

ginales, si los tuvo. Al propio tiempo que don Nicolas Antonio espantado ante aquel diluvio de ficciones exclamaba: «No hay Hércules para esta hidra de tantas cabezas», era agente de los canónigos del Sacromonte para el negocio de sus plomos, y como conocedor de la curia romana, les dirigia y daba instrucciones sobre la marcha del asunto, les avisaba la oportunidad de activar ó de paralizar las gestiones, segun las influencias dominantes, y sobre todo les recomendaba la necesidad de apoyarse en los signos sobrenaturales que acompañaron el descubrimiento. Ser enemigo de los cronicones y protector de los plomos granadinos, eran cosas que parece cabian dentro de la moral de don Nicolas Antonio, que, á juzgar por este hecho, debia de ser un tanto demasiado latitudinaria.

El Marqués de Agrópoli, jóven magnate de natural aristocrático, con favor en la córte, regular en sus costumbres, dado al estudio de las letras y complaciéndose en rodearse de los que las cultivaban, un poco orientalista y aficionado á tratar problemas de erudicion histórica, izó resueltamente bandera contra los falsos cronicones. A pesar de sus bríos juveniles, comprendió que la habilidad habia de tener la parte principal en la victoria, y se dedicó á provocar una reaccion contra las novedades introducidas por aquellos. Era el Marqués natural de Segovia, donde tenía su casa y estados; ciudad que

veneraba por patrono á san Frutos, rico ciudadano de ella en los últimos tiempos de la monarquía goda, que, segun tradicion, habia abandonado el mundo y héchose anacoreta. Mas sucedió que Ambrosio de Morales, confundiendo en su memoria el nombre de un Filoteo, que dicen los escoliastas haber convertido san Pablo en España, con el de un san Hieroteo, que hacen los martirologios discípulo del mismo apóstol, noticia tomada de las obras apócrifas de san Dionisio Areopagita, hizo español á este san Hieroteo. No faltó quien sospechara el engaño; pero una vez naturalizado en España por autoridad tan respetable como la de Morales, era sensible desprenderse de aquel nuevo compatriota santo de la primitiva Iglesia, y así, en vez de rectificar el error, se dedicaron á buscar razones para apoyarlo. Aparecieron en esto los cronicones, y en ellos se encontró confirmada su nacionalidad española y sucesos de su vida bastantes á dar materia á los abultados volúmenes que formaron de su historia admiradores entusiastas, entre los que se contó el Marqués de Estepa, hombre en quien todas estas novedades ejercian un irresistible atractivo. Altercaban por ser patria de san Hieroteo Arjona y Écija; contienda que dirimió Aulo Halo adjudicándoselo á la última, cuyo ayuntamiento se puso á gestionar para que le concediera Roma oficio propio. La sede en que le acomodaron los cronicones fué la de Segovia, y no

hay para qué decir el júbilo con que los segovianos acogieron á su recien hallado primer obispo. Por último, para colmo de dicha se habia descubierto la cabeza en el monasterio cisterciense de Sandoval, acto á que se halló presente Bivar. Todo esto convencerá de que no tenía nada de ligera la empresa en que se habia metido Agrópoli de deshacer á san Hieroteo. Escribió, pues, un libro muy erudito y bastante bien hecho para la crítica de entonces, en que reconvenia á sus compatriotas por la injusta postergacion en que dejaban á su antiguo, reconocido y auténtico patrono san Frutos por otro advenedizo, atestiguado por documentos cuya autoridad combatia duramente en toda la obra, comenzando desde la portada[1]. Imprimióle en Zaragoza, buscando probablemente la égida de los adversarios de la catedralidad del Pilar, y se omitieron las aprobaciones, tal vez porque los que las dieron no quisieron exponerse á los enconados ataques de que previan habia el libro de ser objeto. Comprendieron los partidarios de los cronicones el alcance del tiro, y que la cuestion de san Hieroteo envolvia la vida

[1] *Discurso histórico por el patronato de san Frutos. Contra la supuesta cáthedra de san Hierotheo en Segovia, y pretendida autoridad de Dextro. De Don Gaspar Ibañez de Segovia y Peralta, cavallero de la órden de Alcántara, Marqués de Agrópoli, señor de la villa de Corpa. Impreso en Zaragoza, por Iuan de Ibar, año MDCLXVI.*

ó muerte de éstos, y salieron con tal ímpetu á su defensa, que pareció por un momento suya la victoria.

Don Joseph Pellicer de Ossau, despues de una juventud poco digna, habia conseguido poderse titular tranquilamente cronista mayor de España. Era un literato universal: sus obras pasan de doscientas, porque á él no le arredraba ningun asunto, incluso la historia del ave fénix; muchas de grandes dimensiones, como historias universales con los títulos de *Demonstracion de los tiempos*, y *Anales de la Iglesia y del mundo*, y de *Cadena historial*, ó *Historia de las historias del mundo;* historias de España con los de *Aparato á la monarquía antigua de España*, y de *Anales de la gran monarquía de las Españas, ansí eclesiásticos como seculares;* una historia de la casa de Austria con el de *Corona Habsburgi-Austriaco-Hispana;* otra de la nobleza española con el de *Teatro genealógico de los Grandes, Títulos y Señores de vasallos de España;* y entre los poemas tiene alguno de dos mil octavas: era el Lúcas Jordan de las letras. Nació con su siglo y le vió casi terminar. Jamas personalidad humana llegó á encarnarse más profundamente en su época; Pellicer fué el siglo XVII hecho hombre. Ninguno llevó más allá la preocupacion nobiliaria, la idolatría monárquica, la curiosidad literaria frívola, la ostentacion de erudicion de aparato. Encontró en boga los cronicones y se afilió

en el círculo de Ramirez de Prado, en cuyos trabajos tomó parte muy activa. Allí estrechó particular amistad con Tamayo de Salazar, á quien suministró materiales de toda ley para su Martirologio. Disolvió el tiempo aquel círculo; los cronicones comenzaron á perder terreno, faltos de poderosos protectores; los hombres independientes y de inteligencia elevada les volvian las espaldas, y su defensa quedó á cargo de escritores de segundo órden. Pellicer, conociendo que aquella causa no tenía ya porvenir, se pasó á los contrarios, y creyendo que la exageracion seria prenda de su sinceridad, mostróse más terrible atacando que lo habia sido defendiendo. No quedó arma que no esgrimiera contra los cronicones, excepto contra Aulo Halo, de que habia sido uno de los aprobantes.

Eran la especialidad de Pellicer las genealogías, género en que hacia verdaderamente primores. En la de nuestros reyes probó que en el siglo XII todas las testas coronadas de Europa descendian de Pelayo, y que el huérfano de san Hermenegildo, que Máximo habia tan prematuramente enterrado en Constantinopla, no habia muerto, sino que bajo el nombre de Atanagildo habia sido abuelo del rey Ervigio; todo para poder decir á Cárlos II que por sus venas corria sangre del príncipe mártir. En tal especialidad, entonces muy lucrativa, no tenía rival; de todas partes le llovian encargos de redactar

memoriales de calidades y servicios, pretensiones de títulos, grandezas, coberturas y tratamientos, justificar sucesiones, formar árboles genealógicos y escribir crónicas de casas ilustres; usurpábanle el nombre para autorizar documentos de esta clase hechos por otros, y aclamábanle oráculo de la nobleza[1]. Profesion la de genealogista ocasionada á con-

[1] En contraposicion al monumento de vanidad que Pellicer se levantó á sí mismo en su *Bibliotheca*, publicamos la siguiente carta de Tamayo de Vargas á Uztarroz:

«Mi señor, siempre que v. m. se acuerde de mandarme algo en su servicio será para mí el mejor dia del mundo. Yo a cerca de quatro meses que estoi en la cama con muchos achaques, i con estar asi e querido escribir esta de mi mano para maior certificacion de lo que v. m. me pregunta, i asi digo que ese mozo que v. m. dize que está en esa ciudad i se llama Chronista, i dice que tiene la futura sucesion de Chronista maior de las Indias, que yo tengo, no se en que se funda pues lo uno y lo otro es falsísimo. él nunca ha tenido nombramiento de su Mag.d, ni le han admitido á tal pretension, antes aviendo atrevidose á llamar chronista del reino por un nombramiento subrepticio del Reino, que finalmente es un papasal porque ni da título, ni gajes, ni autoridad, ai decreto de su magestad para que le pongan perpetuo silencio i se le borre de los libros en que lo tiene impreso. I no se maraville v. m. que diga que es mi sucesor pues antes que yo fuera chronista maior de las Indias en tiempo del l.do Toledo decia lo mismo i aun añadia que iba á cobrar gajes, siendo todo invencion, i esta y otras de este género le descompadraron con el conde de Oñate, en cuyo servicio iba á Inglaterra; el no le pudo sufrir y le despidió, i así aviendo muerto aqui á un hombre se a acojido á ese reino, i le fuera mejor proceder con verdad y modestia con esos caballeros que no con estos enredos. los libros que a publicado o les ha recojido la Inquisicion o el Consejo real, y sus estudios, ni su profesion, ni su modo es para ser admitido á estos

traer hábitos de ficcion, Pellicer los adquirió bien pronto; pliegue moral que conservó toda su vida. Llevó á la reunion de Ramirez de Prado un *Cronicón de don Servando*, confesor de los reyes don Rodrigo y don Pelayo, canónigo y obispo de Orense, traducido en dialecto gallego y adicionado por don Pedro Seguino, obispo que realmente ocupó aquella sede en el siglo XII. No era el objeto principal de esta ficcion atestiguar sobre santos, rellenar episcopologios, ni anticuar orígenes de ciudades, aunque de todo esto tiene, sino otro más inmediatamente encaminado á la utilidad y provecho del que la exhibia, cual fué el de crearse una autoridad para remontar las estirpes de las familias adonde bien le pareciese.

Comienza el *Cronicon de don Servando*, hasta ahora nunca impreso, en la creacion del mundo, puebla á España por descendientes de Tubal, omite

officios que con proposicion de la Cámara los provee su Mag.d privativamente, como derecho suyo como provee los de consejeros. Esto es lo que tengo que decir á v. m en este particular aunque avia mucho que decir, si a de suceder á v. m. como á mi segun está vuestra merced hasta ahora. Quedeseme con Dios y mejore á v. m. como desea su servidor.—Don Thomas Tamaio de Vargas. Madrid i Enero 24 de 637.» (MS. de la Bibliot. Nac.)

En otras cartas le menciona con la designacion de «el hombrecillo mentiroso» y «Pellicerillo»: justamente irritado Tamayo de la impaciencia de Pellicer por heredarle en vida no perdia ocasion de zaherirle; Pellicer se vengó en no citarle jamas.

los Tagos, Betos, Lusos y demas reyes, que excluye Pellicer, pero admite como éste á Hércules, Hispan y Pirro; pasa por alto la venida de Santiago para no atraer enemistades al cronicón, si bien luego la desliza al suponer al primer obispo de Orense hechura de aquel apóstol, y mencionando la ciudad de su nombre. Una inscripcion conmemorativa del martirio de los discípulos del apóstol, que va adjunta al cronicón, aunque independiente de él, hecha sobre unas cuantas palabras truncadas, resto de una antigua inscripcion, apoya tambien aquella creencia y resuelve cuestiones que con ella se relacionaban. Pasa revista á los césares, y en cada reinado incluye una numerosa lista de mártires. Hace á Neron oriundo de Galicia, pero en cambio saca de aquella provincia los varones apostólicos; conoce la carta de los judíos toledanos sobre la muerte de Jesus; habla como testigo de vista de las cosas extrañas que habia dentro de la torre que tan indiscretamente abrió don Rodrigo, y agrava el infortunio doméstico del conde don Julian sobre el que hasta entonces pregonaban las historias[1]. Don Servando

[1] «Don Rodrico querie moito a o Conde don Juliao, e a la Condiesa Fandina que era moito fermosa. E don Rodrico facia pecado co ela, e a tinha a mandar. Eo proprio com unha Filha sua chamada Cava Florinda, que era de estremaida fermosura. Eo Rey ha persuadeu a seu amor. E non contento o que tinha com a may se deytou co ela, e fez ne la un filho que se criou em Evora de Lusitania chamado Alterico. Ista malvada escreviou á

muestra por Aragon, patria de Pellicer, predileccion particular. Aquel territorio fué el primero que pobló Tubal, y Zaragoza y sus otras ciudades las primeras que se levantaron, sostiene al Ebro en su privilegio de no haberse secado cuando la gran seca, y al Moncayo en el honor de que le diera nombre Caco, allí refugiado de la persecucion de Hércules. La relacion del penitenciario de dos dinastías se detiene en la batalla de Guadalete, y toma la palabra su traductor Seguino para trazar casi un centenar de historias de linajes, principalmente de solar gallego, que él coordina con los datos que dejó don Servando y con otros que se procuró de diferentes libros y memorias; nobiliario que permitia, por medio de entronques, hacer subir el orígen de las casas hasta los cartagineses y fenicios. Dió Pellicer copias del cronicón al arzobispo de Santiago y á Tamayo de Salazar, que le utilizó para su Martirologio. Treinta años despues, cuando ya este arsenal

seu Pay o que ficera como Rey, e por isso tomou moito enoujo.....» *Historia de don Servando obispo de Orense*, traducida en lengua gallega, i adicionada por don Pedro Seguino obispo tambien de Orense, que vivió era 1191, año 1153. Trasladada de sus originales en letra gótica por don Joseph Pellicer de Tovar, señor de la casa de Pellicer y Ossau, cavallero del órden de Sant-Iago, Cronista mayor de su majestad. Año de MDCXLVI. (MS. de letra de Pellicer, en la Bibliot. Nac. Lleva al principio facsímile del antiquísimo códice original, como Tamayo de Salazar lo puso del de Aulo Halo.)

de noticias de linajes le era innecesario, dijo que le habia dado el original un don Pedro Fernandez de Boan, y como mueble inútil lo arrojó en medio de la calle para que lo tratáran á su talante los transeuntes[1].

[1] Pellicer pone en su *Bibliotheca* bajo el epígrafe de *Manuscriptos que ha descubierto, y comunicado á otros don Joseph Pellicer*, la historia de don Servando, de la cual dice: «Cuyo original en vitela y en letra gótica, y en lengua antigua gallega tuvo por mano de don Pedro Fernandez de Boan, cavallero del órden de Sant-Iago. Copiole de su mano, y la copia original está en su poder. Hizo larga memoria del en el memorial del marqués de Rivas el año 1647, y comunicó traslado á don Fernando de Andrade y Sotomayor, arzobispo de Sant-Iago, como parece por sus cartas, y á don Juan Tamayo de Salazar, que en su martirologio de España habla del diversas veces y pone en estampa la ara en forma de cruz que contiene. Que juicio se haya de hacer desta historia, lo dexa don Joseph al sentir de los doctos que aunque la ha alegado y publicado, ha reconocido despues muchas circunstancias que no le permiten afirmarse en lo que escrivió. Lo que puede asegurar es, que el original parece tan fino y seguro, como incierto y dudoso mucho de lo que contiene en las adiciones de don Pedro Seguino, y ha querido manifestarlo ansi para que lo juzguen otros.»

Gil Gonzalez Dávila creia haber leido el cronicon de don Servando en su original. «Servando. Hallose en la pérdida de España, y escrivió una historia de aquel tiempo que yo he leido original. Fué confesor del rey don Rodrigo etc.» (*Teatro eclesiástico*, tomo III, pág. 383.)

Menos afortunado que su contemporáneo Dávila, ó más descontentadizo, fué el padre Felipe de la Gándara. Hablando de la inscripcion conmemoratoria del martirio de los discípulos de Santiago que va adjunta al cronicón, dice: «El testimonio que tenemos para esto es el ara en que decia misa el mismo apóstol